



EN PORTADA

EL RACISMO ANTIGITANO

El mundo gitano ha sido una de las víctimas predilectas de los movimientos racistas que han sacudido nuestra historia.

HENAR CORBÍ

El racismo forma parte de la memoria colectiva de la humanidad. Es la raíz de nuestra memoria dolorosa, porque es la raíz del Genocidio, expresión extrema del racismo. De unos genocidios que todavía hoy nos atormentan, como el armenio, el judío, el gitano, el tutsi, o el de los bosnios de Srebrenica, todos ellos reconocidos y condenados por instancias internacionales. El genocidio sería la figura última del racismo e identifica, en definitiva, el paroxismo de este comportamiento antihumano.

En su reunión plenaria en París en 1948, y tras los esfuerzos incesantes del abogado polaco y judío Rafael Lemkin, la Asamblea General de Naciones Unidas reconocía, por fin, el “Genocidio” como delito de máxima gravedad en una declaración expuesta en la “Convención sobre la prevención y el castigo del Genocidio”.

En la historia europea contemporánea, el genocidio ha sido, como se ha dicho, el punto culminante de los procesos de racismo que han recorrido nuestras sociedades durante los últimos siglos, mientras iban prefigurándose lo que serían los países de la Unión Europea actual. Esa nueva Europa que nacería de las cenizas del último desastre genocida a manos del nacionalsocialismo hitleriano y de sus aliados.

El mundo gitano ha sido una de las víctimas predilectas de aquellos movimientos racistas, que han sacudido nuestra historia, han dejado su huella en nuestros países –cada uno con un perfil propio– y que, en las circunstancias actuales, es imprescindible analizar.

¿El racismo como ideología?

Se puede afirmar, en términos generales, que el racismo es esa plaga que precede a todos aquellos dolorosos acontecimientos en los que se ha negado el derecho a la dignidad, e incluso a la vida, a quienes a lo largo de la historia han sido estigmatizados como seres inferiores en base a referencias de orden racial.

Para ser más precisos, y según la fórmula dispuesta por la “Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial” que aprobó la ONU en 1965, el racismo es

el convencimiento, que se apoya en teorías pseudocientíficas, de la superioridad intelectual y moral de *una raza sobre otras*.

Su máxima expresión sería el nacionalsocialismo alemán liderado por Hitler y su concepto de una hipotética raza aria, de la que los alemanes se consideraban la más pura encarnación. Esta teoría se dirigió y se aplicó obsesivamente contra los judíos y los gitanos.

Los dos textos a los que nos hemos referido, la “Convención sobre la Prevención y el Castigo del genocidio” de 1948 y la “Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial” de 1965, constituyen los dos instrumentos con los que ha podido ir construyéndose, tras las experiencias extremas de la ideología nazi, un marco internacional de lucha y prevención contra el racismo y sus formas más perversas.

El estudio de las teorías racistas y sus consecuencias sociales han puesto en evidencia la importancia de incorporar a nuestros sistemas de enseñanza, desde la infancia y progresivamente adaptado a las edades del alumnado, un marco pedagógico de referencia que procure la prevención necesaria frente a las actitudes racistas.

Porque el racismo no deja de ser un mecanismo estructural, conformado a través de una pseudo-construcción intelectual que sigue persistiendo y que puede reactivarse en función de las circunstancias.

Tanto es así, que en este nuevo universo social y mental en el que va introduciéndonos la pandemia mundial, que algunos llaman “nueva normalidad”, ya se han denunciado, por parte de entidades internacionales de defensa de los derechos humanos, peligrosas reactivaciones de prejuicios racistas en determinados países, y más particularmente en relación con colectivos gitanos.

El racismo antigitano

¿Tiene algo de particular el racismo antigitano? Ante todo cabe señalar que el colectivo al que llamamos “Gitanos” y que agrupa muchos subgrupos (Romas, Sintis, Manuses, Lovaras, Kalderash o Kales, nuestros gitanos) constituye la minoría étnica más numerosa de todo el continente europeo.

Pese al exterminio que sufrieron durante la Segunda Guerra Mundial, son unos doce millones en toda Europa. Se estima que hasta un ochenta por ciento de ellos fueron eliminados por los nazis y sus aliados en países europeos. Sin embargo, a pesar de ser la minoría más numerosa de todo el continente, los gitanos constituyen, según las investigaciones de las entidades europeas de derechos humanos, uno de los grupos humanos más rechazados en toda Europa.

Los estudios desvelan que es uno de los colectivos sociales que más ha sufrido, y sufre también en la actualidad, los estereotipos negativos que se difunden en los medios de comunicación, bien sea prensa escrita o televisión. Este hecho retroalimenta el rechazo hacia ellos y, por consiguiente, el peligro de actos contra los gitanos.

Para entender mejor el racismo antigitano, recordaremos cómo y por qué los gitanos llegaron a nuestro continente. Los estudios antropológicos nos dicen que salieron del Punjab, en el norte de India, y peregrinaron largo tiempo por las tierras de Oriente hasta llegar a Europa huyendo de la violencia de invasores sucesivos, como los mongoles. Los primeros gitanos llegaron a España en 1425. Traían una carta de protección papal por su condición de peregrinos, ya que pretendían llegar hasta Santiago de Compostela. Esta condición hizo que, en un primer momento, fueran tratados con cierta consideración y respeto. También se ha considerado que en esta acogida inicial influyera el impacto que causaban sus vestimentas, sus floridos atuendos, así como la extraña y exótica lengua en la que se expresaban. Pero la puesta en marcha de los terribles instrumentos represores de la Inquisición, en 1478, hizo que se desencadenara la persecución de los gitanos aunque sin que existiera una relación directa con las motivaciones anti-judías y anti-conversas, las piedras de toque del proceso inquisitorial.

Dicha persecución se materializó mediante la primera pragmática antigitana, emitida en 1499 por el Cardenal Cisneros, a la que seguirían unas trescientas pragmáticas más, cuyo propósito último había de ser la asimilación cultural. Se pretendía, mediante dicha legislación, “desgitanizar o en última instancia “deshumanizar” a los gitanos.

El punto culminante de esta persecución fue la llamada “Gran Redada” o “Prisión General de Gitanos” dictada un 30 de julio de 1749, y que afectaría a los más de 9.000 gitanos asentados entonces en España. Esta redada, que cogió por sorpresa al colectivo gitano, fue planificada, en el más absoluto secreto, por el marqués de la Ensenada.

Algunos expertos han considerado la “Gran Redada” como una suerte de antecedente de las políticas genocidas de los nazis. Su lógica había consistido en encerrar a las mujeres, con sus hijos menores, en cárceles, fábricas y conventos donde morirían de hambre y agotamiento, separándolas así de los varones, que serían enviados a galeras como fuerza esclava.

El franquismo, bajo el auspicio de la heredada “Ley de Vagos y Maleantes” que reforzaría con una “Ley de Peligrosidad Social” pudo amparar todas esas formas de racismo institucional manteniendo presente el arquetipo anti-gitano fraguado durante siglos. Dicha legislación antigitana estuvo vigente más de treinta y cinco años, cuando por fin, al inicio de la Transición, el entonces joven diputado gitano Juan de Dios Ramírez Heredia pudo lograr que se anulara definitivamente.

Pero el racismo tiene muchas facetas. Más allá del aspecto ideológico que impregnaba aquella ley, aparecieron nuevas manifestaciones populares de racismo antigitano que se hicieron patentes durante el proceso de industrialización del país, que llevó a muchas familias gitanas a abandonar sus actividades tradicionales, para instalarse, de forma precaria, en la periferia de las ciudades. Barrios de chabolas como La Celsa, o el Pozo del Tío Raimundo, sufrieron ataques racistas, con destrozos y amagos de incendios. Tal vez el incidente más significativo de este racismo a pie de calle tuvo lugar cuando los padres de alumnos de un colegio de Vicálvaro manifestaron su rotundo y amenazante rechazo a que los niños gitanos del entorno chabolista asistieran a clase. Entonces, solo bajo la protección de las instituciones políticas y académicas, logró imponerse su entrada al colegio.



Esta acción, desarrollada espontáneamente por entidades gitanas y de protección de los derechos humanos, en la que participaron también ciertos cargos políticos, sería el embrión de las primeras políticas institucionales de atención al pueblo gitano, que llevarían a la presentación en las Cortes españolas de un “Plan de Desarrollo del Pueblo Gitano” y a la creación, posteriormente, de dos instrumentos fundamentales para el desarrollo de esas políticas: el “Consejo Estatal del Pueblo Gitano” y el “Instituto de Cultura Gitana”.

Racismo en Europa: la antesala del genocidio gitano

Hagamos un breve repaso histórico para comprender cómo el racismo antigitano fue implantándose en toda Europa a partir de la entrada de los primeros peregrinos gitanos.

En Inglaterra se estableció una legislación específica para “disciplinar” a los gitanos, considerados como delincuentes marginales, y entre 1614 y 1858 muchos fueron deportados a colonias inglesas de América y Australia.

En Francia se les prohíbe la residencia. Desde 1609, a los ya asentados, se les impide significarse como “gitanos” bajo pena de galera a perpetuidad para los hombres y de reclusión para mujeres y niños.

En Alemania, a partir de 1577, se les exige abandonar el territorio alemán por traidores y enemigos de la cristiandad y sospechosos de ser espías de los turcos. En alguno de los estados alemanes incluso se ordena el secuestro de los niños gitanos menores de diez años para entregarlos a “buenos cristianos”.

En Hungría y Croacia también se les persigue violentamente bajo la acusación de ser espías de los turcos.

En los Países Bajos se les degrada al ser considerados “parásitos” llegando a ser sujeto de cacerías institucionales.

En Rumania fueron esclavizados, de 1386 a 1856, especialmente en conventos y por terratenientes “boyardos”. Algunos, obligados a pagar impuestos, pudieron seguir ejerciendo sus oficios artesanales como cesteros o herreros, bajo el control de las autoridades. La esclavitud de los gitanos rumanos había durado 500 años!



El genocidio gitano o ‘Samudaripen’ en el contexto del Holocausto y las políticas nazis

En Alemania, cuando el partido Nacional Socialista llega al poder en 1933, está en su pleno apogeo el delirio nazi de superioridad de la raza aria. Al hilo del desarrollo de esta teoría, encuentra la problemática gitana un nuevo enfoque, cristalizándose la “cuestión gitana” como un problema “racial” y ya no de orden público. Unos 500.000 gitanos fueron víctimas de esa política.

Inspirado por las tesis del psicólogo nazi Ritter, Himmler pone en marcha los primeros campos de internamiento de varones gitanos en Dachau, donde serán castrados y esterilizados, para poner fin a la transmisión racial. La primera matanza de gitanos por los nazis tuvo lugar en el campo de Buchenwald: Unos 250 niños gitanos experimentaron la mortalidad del gas *zyklon B*, luego utilizado en todos los campos de exterminio, una vez tomada la decisión de eliminar definitivamente a quienes los nazis calificaron de “vidas inútiles”, particularmente las de los judíos y los gitanos.

La lógica genocida de los nazis con los gitanos se desarrollaría en tres líneas:

a) Los campos de exterminio como Auschwitz, Treblinka o Chelmo. Merece una atención especial el llamado “Campo de las Familias” de Auschwitz, donde fueron internados los gitanos familias enteras y particularmente niños a los que Mengele sometería a sus terribles experimentos médicos. b) La llamada “Shoah al Este”, con masacres de judíos y gitanos en los bosques de las afueras de los pueblos invadidos por los *Einsatzgruppen*, esos terribles comandos de la muerte del ejército alemán, ante la mirada aterrada de los campesinos del lugar, particularmente de los niños, quienes son hoy nuestros testigos. c) La deportación masiva de los gitanos rumanos, en medio de una terrible hambruna, a Transnistria, a las órdenes del dictador Antonescu, entonces aliado de los nazis. Los militantes de la causa gitana han tomado como referencia para señalar en el espacio público e institucional la Memoria del Genocidio Gitano lo acontecido en el “Campo de las familias” de Auschwitz.

Los nazis habían decidido un 16 de mayo de 1944 llevar a esos 4.000 gitanos de Auschwitz a la cámara de gas, pero habiendo sido los presos avisados por espías polacos, decidieron enfrentarse a los guardianes. Ante la imposibilidad de controlar la situación se retiraron. Procedieron luego a deportar progresivamente a todos los varones, dejando solo a los ancianos, las mujeres y los niños. Finalmente los *kapos* decidieron volver el 2 de agosto. Los más de 2.000 gitanos que sobrevivían serían gaseados.

Así fue como el 16 de mayo fue decretado por los militantes pro-gitanos el *Día de la resistencia gitana*.

En otro orden de cosas, por la presión sin descanso de las entidades gitanas lideradas por Romani Rose (Consejo Central de los gitanos alemanes), por fin, el 2 de agosto se lograría conmemorar en todos los países europeos el *Día del genocidio gitano*. Fue oficializado como Acto de Estado en 2015 por decisión del Parlamento Europeo y a iniciativa de la eurodiputada gitana Soraya Post, con el apoyo unánime de toda la cámara. Este empoderamiento del mundo gitano en torno a estas dos fechas simbólicas, ha ayudado a que los historiadores tomaran conciencia del significativo retraso en las investigaciones sobre el genocidio gitano. Contrariamente a lo ocurrido con el genocidio judío, no aparecería una primera investigación seria sobre el *Samudaripen*, en su dimensión transnacional, hasta 2007. Aún falta que se tome en consideración más allá del relato de la destrucción, el punto de vista de las víctimas, sacando a la luz el carácter específico de la represión gitana.

El racismo antigitano después del Holocausto

En la primera década de nuestro siglo nacieron y se consolidaron organizaciones ultraderechistas y neofascistas en varios países europeos, como el Jobbik en Hungría, el Frente Nacional en Francia o la Liga Norte en Italia. Influyeron en la adopción de unas políticas antigitanas que serían denunciadas por el ERRC (*European Roma Rights Center*) e instituciones de defensa de los derechos humanos. Estas políticas discriminatorias abarcaron muchos frentes, como la intimidación sistemática y el insulto, la desprotección institucional y la discrimi-

nación judicial, la prohibición de comprar o alquilar viviendas, las esterilizaciones forzosas de las mujeres gitanas, o la construcción de muros en torno a los asentamientos gitanos. Esos muros, que recuerdan a los *ghettos* judíos, son barreras físicas pero se constituyen en fronteras psicológicas. Un claro obstáculo a la inclusión. También hubo una grave segregación escolar de niños gitanos en colegios pensados para discapacitados. Y lo más grave será –porque incita a la violencia desmedida– que se resucitó el mito de los robos de niños por los gitanos. Esa discriminación estereotipada, incitada por políticos racistas y neofascistas, señaló peligrosamente a los gitanos como vagos, ladrones y racialmente inferiores.

Se implicaron en estas políticas gravemente discriminatorias muchos países de la entonces Europa del Este como Hungría, Chequia, Eslovaquia, Rumania o Bulgaria. Pero también de la Europa Occidental, como Alemania, Grecia, Portugal, Irlanda, Suiza y Suecia, si bien el Gobierno sueco publicaría, en 2013, un “Libro Blanco” de esas políticas reprobables, algo inusual en Europa. En él se refleja cómo los gitanos suecos fueron víctimas muy especialmente de la esterilización forzosa y de una práctica sistemática de segregación escolar. Muchos niños serían definitivamente arrancados a sus familias y colocados bajo la custodia de organismos oficiales.

España no fue ajena a estos rebrotes violentos de *antigitanismo* popular. Uno de los últimos casos tuvo lugar en 2014 en Castellar, cuando los vecinos no gitanos intentaron tomarse la justicia por su cuenta. Entonces las entidades gitanas del Consejo Estatal del Pueblo Gitano –felizmente operativo desde más de 10 años–, pusieron una denuncia por delito de odio racial que pudo ser tomada en consideración por la justicia.

Empoderamiento del pueblo gitano

Más allá de la lucha por el reconocimiento del dolor histórico que tanto ha costado conseguir, una reflexión se ha abierto camino entre las organizaciones gitanas sobre cómo el enfoque del trabajo de memoria ha de conducir, ante todo, a un empoderamiento del pueblo gitano y muy

especialmente de las y los jóvenes gitanos. Un momento culminante de esta lucha por el reconocimiento universal del genocidio gitano, fue el día de la conmemoración de su 70 aniversario, cuando organizaciones de jóvenes gitanos de toda Europa se reunieron para responder al llamamiento de la entidad juvenil Ternype. En un acto impresionante, más de 1.000 jóvenes gitanos, bajo sus banderas, recorrieron en silencio el campo de Auschwitz, junto con sobrevivientes del genocidio. Aquellos jóvenes exigieron además, a través de actividades en las universidades de Cracovia y de Tarnow, el reconocimiento del *Samudaripen* o *Porrajnos*, como algunos llaman al genocidio gitano. Ello permitió que se avanzara en consolidar una *memoria colectiva gitana*, entre grupos gitanos europeos de diversas tradiciones y distintos recorridos históricos, pero todos procedentes de India. Con ello culminaría lo que inició en 1971 la Unión Romani Internacional en su encuentro histórico de Londres, en el que participaría Juan de Dios Ramirez Heredia y en el que se diseñó la bandera gitana y se creó el himno *Gelem* que acompaña siempre los actos de memoria. Este encuentro también permitió dejar claro que la juventud gitana tenía un papel decisivo en la construcción de sociedades tolerantes e inclusivas, respetando los derechos humanos y la diversidad de los recorridos históricos. Un “resistir” como camino de empoderamiento, que garantiza que nuestras sociedades se comprometan en la lucha contra el *antigitanismo*. Así lo han exigido, el pasado 8 de octubre de 2020, las autoridades de los 34 países que conforman el IHRA (*International Holocaust Remembrance Alliance*) junto con el Consejo de Europa, la UNESCO, LA OSCE, LA ODHIR o las Naciones Unidas, entre otras instituciones internacionales, y cuya declaración fue refrendada por España. 🌍

HENAR CORBÍ, LICENCIADA EN CIENCIAS HUMANAS POR LA SORBONNE, PREMIO “ENRIQUE MAYA” DE PROMOCIÓN DE LA COMUNIDAD GITANA (2015), FUE MIEMBRO DEL CONSEJO ESTATAL DEL PUEBLO GITANO EN REPRESENTACIÓN DEL MINISTERIO DE JUSTICIA Y VOCAL PARA LAS RELACIONES INSTITUCIONALES “MEMORIA GENOCIDIO GITANO”. EN 2020 DIRIGIÓ EL SEMINARIO “EUROPA FRENTE A LOS GENOCIDIOS”.
